

Cuando no se progresa adecuadamente

Con gran diferencia, el gran problema andaluz -también español, claro está, pero sin la saña y el encono de aquí- se llama Educación, la verdadera riqueza de las naciones. Tan es así que se eleva por encima incluso de la dramática depresión económica actual, con su reguero de pólvora de miles de desempleados, por cuanto la recuperación habrá de venir precisamente de la mano de la formación y de un cambio de mentalidad si es que Andalucía quiere una modernización que no se quede en las vallas publicitarias de la Junta.

El drama lo diagnostica una retahíla de certificaciones internacionales que habla de un fracaso más propio de país tercermundista y que no dedicara a ese menester ni una micra del presupuesto de la Junta. El problema no es ninguna novedad, desde luego, pero sí lo es la contumacia en el error. En efecto, la instrucción pública era ya un quebradero de cabeza para nuestros ilustrados ochocentistas. Señaladamente Jovellanos achacaba a ello el declive que llevó a la nación a su irrelevancia internacional en cuanto se apagó el destello del oro americano, confundiendo *tener* con *ser*.

Precisamente, en este caracterizado binomio de Erich Fromm, se basaba el aleccionador documental francés *Ser y Tener* sobre la escuela rural. Su protagonista -el cincuentón profesor Georges López, hijo de españoles- simboliza muchos valores periclitados en la actual «escuela de la ignorancia» que, entronizando al niño como amo y señor, se entrega a su despotismo y devalúa la autoridad generosa del maestro hasta situarlo en un mismo plano.

Derribando jerarquías, se propicia una nueva escala de valores que desequilibra derechos y deberes, primando los primeros a costa de abrogar los segundos. Ello coloca al sistema en una pendiente por la que, a modo de tobogán, el escolar se desliza hasta alcanzar una adolescencia que se alarga sin esfuerzo ni mérito. Pero no sólo eso. Además, la transmisión del saber deja de ser el propósito fundamental de la escuela. Tanto que, recogiendo la siembra de la triada socialista Maravall-Solana-Rubalcaba, Zapatero sentenció el bachillerato en la Ley Orgánica de Educación de 2006, al establecer la friolera de catorce objetivos, de los cuales -como subraya Víctor Pérez Díaz, en un reciente estudio-, sólo siete se refieren a capacidades académicas. Aun así, éstas se entreveran de «valores morales» como que el conocimiento de Historia debe «participar solidariamente en el desarrollo y mejora del entorno social».

A diferencia de los ilustrados que sí afrontaron planes que alumbrarían, hasta la ocupación napoleónica, una España lúgubre y lóbrega con las Luces de la Razón, conscientes de que la modernización descansa sobre una instrucción pública de calidad, la gobernanza andaluza de estos treinta años -prácticamente reclutada en régimen de monopolio entre «desertores de la tiza»- abona el descalabro, como si fuera garantía de su permanencia en el poder. Ello condena a Andalucía a no abandonar los lugares de cola del desarrollo y a que

las generaciones venideras vivan en ancilar dependencia con quien les promete protección a cambio de su voto de por vida.

Con una educación de tercera en manos de comisarios y con profesores-burócratas sometidos a la inmersión de la jerga de la LOGSE, difícilmente se alcanzará esa instrucción que, según Jovellanos, «todo lo mejora y lo florece», pero sin la cual «todo decae y se arruina». Lejos de ello, la Junta subvenciona el fracaso gratificando a profesores por mejorar notas y otorga becas de 6.000 euros para estabular alumnos y no engrosen el paro. Si se busca la excelencia en la Sanidad, como en el milagro terapéutico del primer trasplante de sangre de cordón umbilical, ¿Por qué se orilla la Educación, con menos problemas presupuestarios y gran factor de movilidad social?

En este sentido, la beca aprobada el martes por la Junta profundiza el surco de la LOGSE, en vez de remover los obstáculos que impiden a un estudiante de mérito proseguir sus estudios por falta de medios. En aras del supuesto igualitarismo, el PSOE extendió la escolaridad obligatoria a los 16 años, agrupando en un aula a los más dispuestos académicamente (provenientes del BUP), a los más inclinados laboralmente (la estigmatizada FP) ya quienes abandonaban apenas obtenido el certificado de escolaridad. La escuela no debiera convertirse en un pudridero de jóvenes sin interés, sino una plataforma de integración y de promoción de los más brillantes para que sirvan de acicate al resto, sacándolos a flote y no hundiéndose con ellos.

Con tanta subvención, no sólo se perpetúa remunerándolo el hundimiento de la enseñanza, sino que crea *hombres vacíos* -la entronización del orteguiano *hombre-masa* pasado por el microondas de la televisión, letal instrumento de aculturización y estupidización-, fácilmente molturables para que la maquinaria del poder produzca *esclavos felices*, como en la ópera de Arriaga que se interpretó en el concierto-homenaje a las víctimas del 11-M. Con generaciones que «progresan adecuadamente» con aprobados que no garantizan conocimiento por profesores que no quieren ponerse a tiro de los inspectores de la Junta, Andalucía se condena a una dependencia que le impide tomar la altura necesaria para volar por su cuenta y riesgo, cortando amarras con un poder político que la lastra. Claro que siempre es más fácil seguir al flautista que promete una vida muelle.

A resultas de lo cual, el analfabetismo funcional se extiende como una bruma y, a medida que se adensa, resulta más difícil de ocultar un problema que aisla Andalucía como cuando la niebla toma el Canal de la Mancha e incomunica por mar a las Islas Británicas. Pero el aparato de propaganda de la Junta reacciona como aquel periódico británico que tituló «Niebla en el canal, el continente está aislado». Así, después de condenar a la ignorancia a las futuras mesnadas, los próceres autonómicos presumen de haber dispuesto los jóvenes mejor preparados de la Historia cuando es la primera vez que una generación no supera a la precedente, sin que medie una guerra.

Ojalá fuera como presumen porque sería la garantía indubitada de prosperidad y de que Andalucía se encuentra en las antípodas de donde la sitúan las clasificaciones que miden el nivel de desarrollo. La mejor prueba de que el sistema público no funciona es que sus gestores ponen a los suyos a cubierto en centros privados o concertados. Así lo hizo Chaves con sus hijos y ahora con su nieta, así como buena parte de sus altos cargos. Pero es que, además, el deterioro es tal que hasta los enseñantes buscan igual refugio para sus vástagos. Con poner a salvo a los suyos, pues, les basta a unos gobernantes que no están dispuestos a rectificar una política que sacrifica a los mejores para facilitar el gobierno de los peores. Recientemente uno de los más insignes arquitectos de la tierra, Antonio Ortiz, se horrorizaba ante los pésimos índices educativos y el negro futuro que aguarda a Andalucía en un mundo cada vez más globalizado y competitivo, en el que FEUU ve resentirse su hegemonía y lleva a Obama a impulsar una gran reforma frente a países emergentes que han cobrado ventaja en la formación, como Corea del Sur e India. Lo ha dicho claro esta semana, mientras aquí se construyen castillos en el aire: de no enmendarse, el sueño americano derivará en pesadilla.

Si la redistribución de la renta sólo la posibilita una economía que genere riqueza, sólo habrá auténtica igualdad de oportunidades con una enseñanza de calidad. Lo demás es demagogia para incautos y condena a la ignorancia para quienes no tienen medios de huida. No hay causa sin efecto y el hombre *logsiano* encarna la barbarie anticipada por Goethe: la incapacidad de reconocer la excelencia. Entretanto, la enseñanza no será fuente de prosperidad, sino sumidero de energías. No en vano, «la tierra no produce para los ignorantes sino malezas y abrojos» (Jovellanos).

Francisco Rosell (El Mundo)